



El Quijote ***y La vida breve*** **Juego de reflejos**

Joseph Avski

Hágase la luz

Desde el comienzo de los tiempos se le ha transferido poder a la palabra para nombrar y dar realidad al mundo. En el principio, cuando sólo existía el vacío, Dios nombra a la luz y ésta se hace, y el universo se transforma irremediabilmente. En la descripción que hace el evangelista Juan del universo anterior a la creación leemos “In principio erat Verbum”.¹ La palabra es anterior a la existencia, y por ende la herramienta creadora.

Los mitos creadores y la escritura de ficción comparten ese rasgo fundamental: concederle poder a la palabra. *El Quijote* se inaugura con tres actos de nombramiento, con tres bautizos: el de Alonso Quijano como don Quijote de la Mancha, el de de su rocín como Rocinante, y el de Aldonza Lorenzo como Dulcinea. Estos serán tres de los pilares que sostendrán la fantasía de don Quijote, y al libro mismo, a tal punto que la novela acabará con el intento de Alonso Quijano por retirar el valor otorgado a la palabra en esa escena inaugural: “Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”.² Sin embargo, como veremos, no es suficiente retractarse para destruir lo creado: el poder creador de la palabra es superior a su poder destructor.

Un acto creador similar ocurre en *La vida breve*. Esta novela, publicada en 1950, es una de las piezas tutelares en la narrativa de Juan Carlos Onetti. Se desarrolla en Buenos Aires, donde vive su protagonista, Juan María Brausen; y en Santa María, la mítica ciudad creada por Onetti donde también se desarrollan *Jacob y el otro*, *Juntacadáveres*, *El astillero* y *Para una tumba sin nombre*, entre otras obras.

Juan María Brausen es un hombre mediocre, parco, de costumbres ascéticas, y falto de carácter. Su vida se desarrolla en tres niveles. En el primero está su mujer, Gertrudis, quien ha sido operada y uno de sus senos fue amputado. La relación con ella está deteriorada y no se ve una solución. En este mismo nivel está la vida laboral de Brausen, quien es empleado de una agencia de publicidad y sabe que está a punto de perder su trabajo. Como última carta para la agencia, le piden que escriba un guión cinematográfico. Para este fin, Juan María empieza a imaginar (y a veces a plasmar por escrito) a un médico de pueblo llamado Díaz Grey, que es alter ego suyo, y que vende morfina de manera

irregular a sus pacientes. El doctor es habitante de una ciudad imaginaria (Santa María) a orillas del río, que Brausen empieza a construir en su mente al tiempo que a su personaje. La historia del doctor y de la ciudad constituyen el segundo nivel. El tercer nivel de la historia se da cuando Brausen entra en contacto con la Queca, una prostituta que vive en el apartamento vecino. Brausen se presenta ante la Queca como Arce, lo que le permite desarrollar una personalidad distinta a la del pusilánime Brausen.

Inicialmente, los tres niveles son independientes y se desarrollan por separado, hasta que al final se entrelazan. En el primer nivel de la novela la relación con Gertrudis se desarrolla hasta que Brausen es abandonado por Gertrudis, quien se muda con su madre. Como era de esperarse, también pierde el trabajo en la agencia de publicidad, aunque sigue frecuentando a Julio Stein, amigo y compañero de trabajo, quien comparte amores con la Mami, una prostituta mayor; sin embargo, Brausen no se involucra del todo con esos ambientes bohemios, permaneciendo fiel a las costumbres pacatas que lo gobiernan mientras es Brausen. Sin mujer y sin trabajo, la vida de Juan María queda un poco sin rumbo, a la deriva. Como último intento de no desvanecerse en este nivel, Brausen arrienda un local que pretende hacer pasar por su propia agencia de publicidad. En un intento por darle realidad a la agencia pide a sus conocidos que lo llamen como si fueran clientes. A pesar de este esfuerzo, la oficina de publicidad naufraga y el Brausen de este nivel de la historia se termina desvaneciendo.

En el segundo nivel, Brausen sigue desarrollando al doctor Díaz Grey y a la ciudad fluvial de Santa María. El doctor desarrolla un sentimiento de deseo por una de sus pacientes llamada Elena Sala, en quien Vargas Llosa ve un sustituto de Gertrudis. También en este nivel aparecen Horacio Lagos, esposo de Elena, y Oscar Owen, con los que se desarrollan situaciones que rayan el absurdo. Elena muere en condiciones extrañas, de manera que el doctor Díaz Grey no puede satisfacer su sentimiento de deseo. Este nivel se presenta en el final de la novela, y también en éste van a mezclarse los otros dos niveles cuando “Brausen —convertido en su doble-fantasma, Díaz Grey, en Santa María—, Lagos, Owen el inglés y una desconocida pierden sus ropas en un baile de disfraces y deben quedar disfrazados para siempre. Extraviados en la ficción”.³

En el tercer nivel Brausen, convertido en Arce, da rienda suelta a los deseos que el pacato Brausen mantuvo apaciguados. Arce se entrega a la bebida y a la relación sádico-erótica que sostiene con la Queca. Arce, totalmente seducido por el mundo del hampa, empieza a andar armado y a fantasear con matar a su amante. Es, sin embargo, Ernesto, el padrote de la Queca, con quien Arce ha sostenido ya una confrontación física, quien la mata. Arce se ofrece a ayudar a Ernesto en su huída, y le propone acompañarlo hasta Santa María, la ciudad que su propia imaginación ha creado. Ernesto y Arce llegan a Santa María, para después seguir huyendo.

Como Yavé en la situación relatada por el evangelista Juan, don Quijote y Juan María Brausen se encuentran en un mundo inexistente, pero que han estado dispuestos a crear con la única herramienta disponible: la palabra.

La identidad y la palabra: reflejos entre las dos obras

Uno de los temas fundamentales tanto en el *Quijote* como en *La vida breve* es el de la identidad. En ambos textos los protagonistas están en busca de una identidad que les es esquiva, que choca con el mundo. Para ambos, el proceso de construcción de su identidad se inaugura a través de la palabra, y ésta se transforma en el mejor medio para defenderla.

El crítico Carroll B. Johnson, en su artículo “La construcción del personaje en Cervantes”, explica tres maneras mediante las cuales se puede construir un personaje. La primera es a través de lo que el personaje hace y dice, tanto de otros como de sí mismo. La segunda es mediante los juicios que otros personajes emiten sobre el personaje en cuestión, es decir, la identidad que le imputan. La tercera es mediante la información que nos brinda el narrador: descripciones físicas y morales, que se suman a las acciones mismas llevadas a cabo por el personaje.

Aunque las tres formas de caracterización mencionadas por Johnson son usadas en *La vida breve* y en *El Quijote*, es la primera, quizá, la que resulta más decisiva en ambas novelas, pues es a través de ésta que los protagonistas se vuelven autores.

En el caso de don Quijote ya se mencionaron los tres bautizos iniciales con los cuales se inaugura la acción de la novela. Cabe también recordar el episo-

dio en el cual don Quijote le pide al ventero que lo arme caballero: “y así os digo —le dice don Quijote al ventero— que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero”. Este acto de identidad procura que el mundo lo nombre, lo reconozca y le conceda, otra vez mediante la palabra, la identidad que ya reclamó en la intimidad de su ser. No basta reclamarse, es también necesario que el otro reconozca el reclamo como legítimo. Es éste uno de los principales puntos de conflicto en la novela de Cervantes, la diferencia entre la identidad marcada por lo que don Quijote dice y hace, y la que otros personajes le reconocen y endilgan. Estas diferencias radicales en la construcción de la identidad de don Quijote crean dos realidades irreconciliables.

En *El Quijote* de 1615, don Quijote se ve enfrentado a dos reflejos de sí mismo; reflejos hechos de palabras, en los que no se reconoce. Son las dos publicaciones sobre sus aventuras, la que leyeron el bachiller Sansón Carrasco y los duques, y la escrita por Avellaneda. El fantasma de esos reflejos persigue a don Quijote y lo obliga a enfrentarlos. *El Quijote* de Avellaneda no es un problema sólo para el hidalgo de La Mancha, sino para el propio Cervantes, que se vale de su poder como escritor para poner frente a frente a don Quijote con uno de los personajes de *El Quijote* de Avellaneda. En el capítulo LXXII de la segunda parte, se encuentra el hidalgo con Álvaro Tarfe, personaje de la segunda parte escrita por Avellaneda. Una vez confirmada la identidad del segundo, don Quijote lo interroga: “Y dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?”. A pesar de que don Álvaro confiesa que don Quijote no es el personaje que él conoce, la ruptura, la discontinuidad en la continuidad de la identidad no puede ser restaurada. La solución definitiva parece ser dejar de ser don Quijote y volver a ser Alonso Quijano: “Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”.⁴ Pero volver a ser Alonso Quijano no es tan fácil tampoco. En la cita anterior, don Alonso no deja de ser llamado don Quijote por el narrador (recordemos el tercer ítem en las maneras de construir un personaje presentadas por Johnson).

Por otro lado, los personajes —antes conscientes de la elusión de Alonso Quijano— ahora alientan a éste a que retome su fantasía: para ellos mismos es tan difícil devolverle la identidad de Alonso como aceptar la de don Quijote.

Juan María Brausen no sufre de esa discontinuidad entre las identidades que él mismo se otorga y la que le otorgan los demás; por lo menos no a un nivel tan profundo y tan trágico como lo sufre don Quijote. Las tres presencias, los tres reflejos de Juan María Brausen, es decir, Brausen, Arce y Díaz Grey, se desenvuelven en ambientes distintos y en cada uno de esos ambientes esa identidad particular es aceptada.

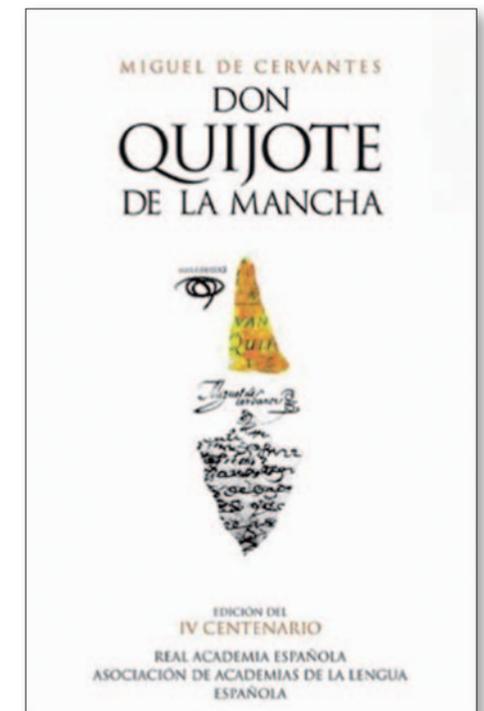
Para el neurólogo, siquiátra, escritor, y miembro de la Real Academia Española Carlos Castilla del Pino, la locura de Alonso Quijano representa “las dislocaciones a la que los seres humanos nos vemos abocados para sobrevivir”.⁵ Para Alonso Quijano la posibilidad de la vida sólo se encarna siendo otro, siendo don Quijote, pues cuando vuelve a ser Alonso Quijano la vida acaba, la vida es imposible. Nuevamente, en palabras de Castilla del Pino, para Alonso su locura “es un error existencialmente necesario, porque le da sentido a la vida”.⁶ Para Brausen, la única opción de vida es también transformarse en otro:

Éste, yo en el taxímetro, inexistente, mera encarnación de la idea de Juan María Brausen, símbolo bípedo de un puritanismo barato hecho de negativas —no al alcohol, no al tabaco, un no equivalente para las mujeres—, nadie, en realidad; un nombre, tres palabras, una diminuta idea construida mecánicamente por mi padre, sin opciones, para que sus también heredadas negativas continuaran sacudiendo las engréidas cabecitas aún después de su muerte.⁷

Brausen no es nadie, es más la sombra de su padre que un ser independiente: “comprendí que había estado sabiendo durante semanas, que yo, Juan María Brausen y mi vida no era otra cosa que moldes vacíos, meras representaciones de un significado mantenido con indolencia”.⁸ Para ser alguien, Brausen tiene que ser otro, por eso tiene que transformarse en Arce o en Díaz Grey: “seguro de que no era yo, sino Díaz Grey”.⁹ Brausen es Arce en presencia de la Queca, de Ernesto y del revólver que simboliza su pertenencia a ese mundo; es Díaz Grey en presencia de la escritura y la imaginación, de Elena Sala, el inglés Oscar Owen, Lagos y la



ciudad de Santa María. De cierta manera ser Díaz Grey ofrece cierta ventaja¹⁰ sobre ser Arce: Brausen es consciente y culpable de Arce, y viceversa, mientras que Díaz Grey es apenas consciente de Brausen, pero totalmente inocente en el juego de representación: “llegaba a intuir mi existencia, a rumorar ‘Brausen mío’ con fastidio, seleccionaba las desapasionadas preguntas que habría de plantarme si llegara a encon-



trarme un día.”¹¹ En otras palabras, Arce puede decidir no volver a ser Brausen y también Brausen puede no volver a ser Arce, pero Díaz Grey, como personaje de la ficción dentro de la ficción, sólo puede ser él. Esa situación lo libera del juego de representación. Es quizá por eso que de los tres reflejos de Brausen, el que permanece es Díaz Grey. Resulta difícil saber qué tan consciente y qué tan culpable es Alonso Quijano de don Quijote, y viceversa, pero en cualquier caso la inocencia absoluta entre uno y otro es insostenible, lo que resulta en que también ambos, Alonso y don Quijote, sean insostenibles como proyectos de vida.

A pesar de que el conflicto entre las presencias de Brausen y los entornos en que habitan no es tan profundo como lo es en el *Quijote*, sí se manifiestan instancias donde la realidad se niega a aceptar ciertos rasgos de individuación.

Entonces inventé la “Brausen Publicidad”, alquilé la mitad de una oficina en la calle victoria, encargué tarjetas y papel de cartas, le robé a la Queca una fotografía donde trataban de sonreír tres sobrinos cordobeses. Puse la foto en un marco y la coloqué encima del escritorio que me cedieron y ni un solo día olvidé mirarla con orgullo y con la seguridad de la muerte vencida por mi triple prolongación en el tiempo. Conseguí que Stein, Mami y Gertrudis me llamaran cada día y ocupé mi puesto con energía y sana ambición desde las diez de la mañana, dispuesto a luchar sin descanso, a conseguir un lugar bajo el sol. Stein me llamaba puntualmente cerca de medio día y discutíamos las probabilidades de campañas obscenas, nos desafiábamos en la perfección de los dibujos, los textos y las leyendas que debían imponerlas. Imaginaba citas, comidas de negocios, salía a recorrer los cafés de la Avenida de Mayo.¹²

Brausen intenta definirse como un ejecutivo, un hombre de negocios, un propietario de una empresa de publicidad. La estrategia de pedir a Stein, a Mami y a Gertrudis (las personas que definen el entorno para esa presencia de Juan María Brausen) que lo llamen a la agencia para fingir una dinámica empresarial inexistente, recuerda las pantomimas montadas por el barbero y el cura, o por los duques, para engañar a don Quijote. Desde luego, la conciencia de Brausen de que la situación es un montaje marca una diferencia radical. Pero nuevamente el intento de cambiar la realidad ficcionalizándola marca un punto de encuentro entre

las dos novelas, y los resultados son comparables: a pesar de este intento, la realidad se impone y “Brausen Publicidad” está destinada al fracaso.

Según la teoría posmoderna, “no hay ninguna esencia ni unidad fundamental de la persona... No sólo no tenemos esencia fija; es que somos un compuesto inestable de fragmentos de discursos incompatibles.”¹³ Esto implica, de manera directa, que el individuo nunca es igual a sí mismo, está sujeto a un cambio constante. Desde luego esta idea no es nueva, ya Heráclito nos la había regalado en forma de río. Tanto en don Quijote como en Brausen resulta evidente la presencia de estos fragmentos de discursos incompatibles, de reflejos distorsionados.

Como ya observamos, el discurso de ser don Quijote se contrapone al de volver a ser Alonso Quijano, produciendo una situación donde resulta problemático reconciliar los dos discursos. También revisamos la incomodidad que siente el propio Quijote cuando no puede reconciliar su propio discurso con la existencia de dos libros sobre sus aventuras. Podríamos también mencionar el episodio del capítulo XV de el *Quijote* de 1615, en el cual el bachiller Sansón Carrasco, en el papel del Caballero de los Espejos, es derrotado y desenmascarado por don Quijote. La única explicación posible, para Sancho y para don Quijote, es que unos encantadores han mudado al Caballero de los Espejos en el bachiller, de otra manera no resulta posible cotejar las dos identidades de Carrasco para la pareja. Quizá el cambio más sutil y hermoso del libro es el que le ocurre a don Quijote entre la primera y la segunda publicación. El don Quijote de 1615 no es el mismo que el de 1605. Sus batallas ya no se libran en el campo como antes, ahora tienen lugar en su interior.

En Santa María, donde el pasado es mínimo o nulo, lo único que define a una persona es el presente. Los personajes de la ciudad, como se verá más claramente en otras novelas de Onetti, que desarrollan más a fondo la ciudad inaugurada en *La vida breve*, son personajes sin pasado, que viven en un presente que los consume. Para Brausen, quien nunca llega a apropiarse a cabalidad de sus presencias, el cambio, la constante redefinición de la identidad es tan problemático como la posibilidad de una eterna persistencia: “los que están iguales no me sirven, los que cambian no me sirven. Es que no tengo nada que ver con ellos, no estoy en ellos”.¹⁴ Brausen —quien confiesa: “Entretanto, soy

este hombre pequeño y tímido, incambiable, casado con la única mujer que sedujo o me sedujo a mí, incapaz, ya no de ser otro, si no de la misma voluntad de ser otro”¹⁵— es incapaz de encontrar una identidad que le permita sobrevivir, la conciencia del juego de representación; la culpabilidad en éste, lo persigue como a don Quijote sus dobles literarios. Es por esta incapacidad de encontrar una identidad con la que pueda sobrevivir que Brausen y Arce desaparecen al final, y quien queda es Díaz Grey, el único de entre las tres presencias de Brausen que no es amo del juego de representación.

Tanto *La vida breve* como el *Quijote* terminan con un abandono de la identidad conseguida: mientras don Quijote renuncia a su locura y a su ser caballero andante, Díaz Grey termina, junto con Lagos, el inglés Owen y una joven, disfrazado de carnaval, es decir, siendo otros, personificando a otros, perdidos en una ficción que ya no es la de Brausen, sino una ficción autónoma que se llama Santa María, que existe y vive de manera independiente de su creador, y que después reaparecerá en otras novelas y cuentos de Onetti.

Una de las imágenes más bellas en las que se presenta el juego de espejos y reflejos entre el *Quijote* y *La vida breve* nos la da el uruguayo Guido Castillo, quien contrapone a las dos novelas como a un par de espejos enfrentados que reflejan el infinito: “No se olvide que Brausen continúa elaborando su guión en una oficina que comparte con Onetti, quien aparece fugazmente en *La vida breve* —como Hitchcock en sus películas— para alquilarle la mitad de su despacho. Imaginamos a Onetti en una mesa pensando en la realidad y en los sueños de Brausen, y a Brausen frente a una mesa próxima, pensando en la realidad y en los sueños de Díaz Grey. Esta situación no es muy distinta a la de imaginarse a Don Quijote pasarse una noche de claro en claro leyendo *La Galatea* de Cervantes”.¹⁶

Reflejo final

El mismo Guido Castillo cree en la deuda que tiene *La vida breve* con la novela de Cervantes, aunque no ahonda mucho en las razones:

Me explico: de la misma manera en que Cervantes no hace vivir a Don Quijote en uno de los países imaginarios o remotos con los que sueña el hidalgo —Gaula, Hircania, Tracia—, sino en una región más o menos

indeterminada de su propia tierra, así también Onetti no sitúa a Santa María en Alaska o en Noruega, sino en un lugar vecino a un río posiblemente argentino o uruguayo. Creo que la creación de Santa María tiene más que ver con ese impreciso lugar de La Mancha, que con el faulkneriano condado de Yoknapatawpha con el que siempre se le relaciona”.¹⁷ ❏

Joseph Avski (Colombia)

Se graduó de física en la Universidad de Antioquia y de una maestría en Creación literaria en la Universidad de Texas. Ha ganado concursos de cuentos en Colombia, Uruguay y Estados Unidos. En 2009 ganó la IX versión del Concurso Nacional de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín con la obra *El corazón del escorpión*. En 2010 quedó finalista en la XII Bienal de novela “José Eustasio Rivera” con la novela *El libro de los infiernos*. Actualmente adelanta un doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Texas A & M.

Notas

- 1 Ioannes 1, 1. Se ofrecen varias traducciones de este versículo, una podría ser: “En el principio era la palabra”.
- 2 Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*. Lima, Perú: Alfaguara, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española (Edición del IV centenario), 2004, p. 1103.
- 3 Mario Vargas Llosa. *El viaje a la ficción, el mundo de Juan Carlos Onetti*. Barcelona, España: Alfaguara, 2009.
- 4 Miguel de Cervantes, Op. cit.
- 5 Carlos Castilla del Pino. *Los rostros de don Quijote: IV aniversario de la publicación de su primera parte*. Zaragoza, España: Ibercaja, 2004, Capítulo II: Don Quijote, loco .
- 6 *Ibid.*
- 7 Juan Carlos Onetti. *La vida breve*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana S.A., 1971, p. 53.
- 8 *Ibid.*, p. 131.
- 9 *Ibid.*, p. 84.
- 10 Es además la figura de Díaz Grey la que permanece, en el sentido de que es la única que no se pierde, pues Brausen y Arce se esfuman antes de acabar la novela, es además la que trasciende a otros libros de Onetti.
- 11 Juan Carlos Onetti, *Op.cit.*, p. 139.
- 12 *Ibid.*, p. 187-188.
- 13 Carroll B. Johnson, “La construcción del personaje en Cervantes”. En: *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15, (1), 1995, p. 8.
- 14 Juan Carlos Onetti, *Op.cit.*, p. 170.
- 15 *Ibid.*, p. 53.
- 16 Guido Castillo. “Onetti en la biblioteca de Don Quijote”. En: *La nueva estafa*, 33 (3), 1981, pp. 139-147.
- 17 *Ibid.*